

Anuario Internacional CIDOB 2004 edición 2005

Claves para interpretar la Política Exterior Española y las Relaciones Internacionales 2004.

Los buenos resultados de la economía mundial en 2004: ¿promesas de un crecimiento sostenido?

Antón Costas

Los buenos resultados de la economía mundial en 2004: ¿Promesas de un crecimiento sostenido?

Antón Costas,
Catedrático de Economía Política,
Universitat de Barcelona

La economía mundial ha logrado en 2004 el mejor resultado desde hace décadas. El crecimiento estimado para el total mundial es del 5% en tasa anual, cifra que no se lograba desde hacía más de veinte años. Además, prácticamente todas las regiones económicas del mundo y todas las economías nacionales importantes, con la excepción de las europeas, han experimentado crecimientos considerables, en la mayor parte de los casos superiores a los de los años precedentes. Este crecimiento ha tenido unos efectos benéficos indudables para las condiciones de vida de millones de personas en el mundo, que han visto mejorar su capacidad para salir de la pobreza absoluta. Pero hay que lamentar que este crecimiento haya venido acompañado de un aumento de la desigualdad, tanto entre países como dentro de cada país. Aun así, la posibilidad de que estemos ante una larga etapa de crecimiento sostenido de la economía mundial trae consigo la promesa de un mundo con menos pobreza y desigualdad.

Sin embargo, esa expectativa de crecimiento sostenido de la economía mundial en los próximos años no deja de estar ensombrecida por algunas incertidumbres. La primera está relacionada con la evolución que puedan seguir los dos enormes déficits que padece la economía norteamericana, el comercial y el presupuestario, y los efectos que en su evolución puedan tener las políticas del segundo Gobierno de Bush; su aumento pondría en grave riesgo tanto a la economía estado-

unidense como la mundial. Por otro lado, el vertiginoso crecimiento de la economía china no deja de proyectar también incertidumbres, derivadas de la posibilidad de que un crecimiento tan rápido aboque a un frenazo repentino y desordenado. Por último, la posibilidad de que la economía de la zona euro mantenga su perfil bajo durante los próximos años constituye también un elemento de sombra sobre la economía mundial.

El mejor mundo económico posible: crecimiento sin inflación y bajos tipos de interés

En 2004 casi todas las regiones económicas y las grandes economías del mundo se han visto beneficiadas por los frutos del crecimiento, tal como puede apreciarse en la Tabla 1. Estados Unidos ha mantenido el buen comportamiento de los últimos años, y ha seguido actuando como locomotora de la demanda mundial, aunque a costa de vivir por encima de sus posibilidades y exacerbar sus desequilibrios comerciales y presupuestarios. Japón, por su parte, parece consolidar la salida de una anorexia económica que dura ya una década, si bien los primeros datos de 2005 arrojan alguna duda sobre la realidad de esta recuperación.

Por su lado, las economías emergentes de Asia están experimentando uno de los momentos más brillantes de su historia, después de siglos de retraso. China, cuyo crecimiento sigue por las nubes, se ha transformado en la segunda locomotora de la economía mundial, a través de la demanda de bienes e inversiones extranjeras. Su voraz apetito consumidor de todo tipo de materias primas (petróleo, chatarra, cobre, soja, café, caucho, etc.) con las que alimentar su maquinaria de producción ha disparado los precios de estas materias beneficiando a los países productores. Una de las economías regionales más beneficiadas por este *efecto China* ha sido Latinoamérica, que bajo el impulso de los mayores precios de sus materias primas ha visto como sus economías abandonaban una larga etapa de estancamiento y postración. Ese efecto benéfico del crecimiento de la economía china sobre las economías latinoamericanas tiene visos de prolongarse en el tiempo con la llegada de fuertes inversiones chinas a esta región, con el objetivo inicial de asegurar el abastecimiento de esas materias primas. Otra de las economías emergentes beneficiadas por la necesidad china de asegurar los abastecimientos energéticos y de primeras materias ha sido Rusia, que mal que bien va saliendo adelante.

El patito feo de esta historia de éxito ha sido la UE. Aun cuando la recuperación parece haberse afianzado en las grandes economías de la zona euro, como Francia y Alemania, lo ha hecho en unos niveles modestos en relación con el crecimiento de las demás regiones.

Tabla 1. Evolución del PIB mundial [% anual]

	2002	2003	2004*	2005*
Estados Unidos	1,9	3,0	4,3	3,5
Japón	-0,3	2,5	4,4	2,3
Alemania	0,1	-0,1	2,0	1,8
Francia	1,1	0,5	2,6	2,3
Italia	0,4	0,3	1,4	1,9
Reino Unido	1,8	2,2	3,4	2,5
España	2,2	2,5	2,6	2,9
Zona euro	0,8	0,5	2,2	2,2
Economías avanzadas	1,6	2,1	3,6	2,9
Total mundial	3,0	3,9	5,0	4,3
Países en desarrollo	4,8	6,1	6,6	5,9
América Latina	-0,1	1,8	4,6	3,6
Europa del Este y Central	4,4	4,5	5,5	4,8
Rusia	4,7	7,3	7,3	6,6
China	8,3	9,1	9,0	7,5

* Previsiones del FMI de septiembre de 2004

“China, cuyo crecimiento sigue por las nubes, se ha transformado en la segunda locomotora de la economía mundial”

A pesar del incremento del precio de las materias primas -en particular, del aumento del precio del petróleo- y su mantenimiento en niveles elevados durante la mayor parte del año, el nivel general de precios de la economía mundial se ha mantenido en 2004 en niveles aceptables, tal como muestra la Tabla 2.

Esta contención de los precios y la ausencia de expectativas de inflación, especialmente en la economía norteamericana, ha permitido que el precio del dinero -los tipos de interés-, sigan estando en todos los países a niveles como no había ocurrido desde hace más de cuatro décadas.

Tabla 2. Precios al consumo [% variación anual]

	2002	2003	2004*	2005*
Estados Unidos	1,6	2,3	3,0	3,0
Japón	-0,9	-0,2	-0,2	-0,1
Zona euro	2,3	2,1	2,1	1,9
Economías avanzadas	1,5	1,8	2,1	2,1
Países en desarrollo	6,0	6,1	6,0	5,5

* Previsiones del FMI de septiembre de 2004

Efectos benéficos del crecimiento sobre la pobreza en el mundo

Este crecimiento ha tenido efectos positivos en la calidad de vida de millones de personas en el mundo. La pobreza, medida por el número de personas que

viven con menos de un dólar diario, parece haber descendido de forma acusada. La explicación para esta mejora está en el crecimiento de China e India, que ha permitido a cientos de millones de personas incrementar su nivel de vida.

Pero esta disminución del número de pobres en el mundo -compatible, sin embargo, con el mantenimiento de una elevada pobreza que penaliza especialmente a las mujeres y los niños- ha ido acompañada a lo largo de estos últimos años de un aumento espectacular de las desigualdades entre países ricos y pobres, y de las desigualdades sociales en la distribución de los frutos de ese crecimiento dentro de cada país. El mundo es hoy más rico de lo que nunca ha sido, pero es más desigual, y la distancia que separa a los que están más arriba de los que están en los últimos escalones se va agrandando. Los economistas han prestado poca atención a este fenómeno -como se puso de manifiesto en la Declaración de Barcelona-, quizá porque su formación académica acentúa más la preocupación por el crecimiento (eficiencia) que por el reparto de sus frutos (equidad). No hay una única causa que explique este aumento de la desigualdad, pero existe alguna evidencia de que las políticas de reforma económica de estos años -disminución de impuestos a los ricos, reducciones de gasto social, flexibilización de los controles empresariales y apertura de los mercados- la han favorecido.

Los países no necesitan esperar a ser ricos para poner en marcha políticas con las que reducir la pobreza y la desigualdad; pero parece claro que la medicina más adecuada para la reducción sostenida de la pobreza y la desigualdad es el crecimiento. Por tanto, la pregunta clave es ¿es sostenible este crecimiento de la economía mundial en los próximos años? ¿Cuáles son los riesgos?

Promesa de una larga etapa de crecimiento sostenido

Difícilmente la economía mundial podrá mantener en 2005 la brillantez de 2004, pero aun así las expectativas de crecimiento son buenas para la mayor parte de los grandes bloques económicos (ver Tabla 1). Por otro lado, como también se aprecia en la Tabla 2, las previsiones indican que la inflación se mantendrá en niveles muy moderados. De ser así, no presionará en exceso sobre los tipos de interés. Por lo tanto, los fundamentos macroeconómicos de la economía mundial son buenos, si bien no puedan despreciarse totalmente algunos riesgos a corto plazo, derivados del relativamente elevado nivel actual de los precios del petróleo, y de una posible subida rápida de tipos de interés en la economía de los Estados Unidos, en función de cómo evolucione el déficit público.

En ese entorno macroeconómico de estabilidad a corto y medio plazo, cabe pensar que en los próximos años se

podrán mantener tasas elevadas de crecimiento económico en la mayor parte de los países. La razón para ese optimismo se encuentra en los efectos que la nueva oleada de innovaciones tecnológicas está teniendo sobre la productividad del trabajo, en particular en las economías de los países emergentes, como China e India.

De la misma forma que la primera revolución industrial del siglo XIX, basada en las aplicaciones de la física y la química, revolucionó la productividad del trabajo en los países occidentales y dio lugar a un proceso de crecimiento acumulativo de naturaleza exponencial, ahora estamos viviendo una nueva revolución tecnológica, basada en la informática, las telecomunicaciones, la química de los nuevos materiales -nuevos combustibles y nanotecnología (producción de bienes a partir de átomos moléculas particulares)-, las ciencias de la vida, la ciencia del cerebro, la genética y la biotecnología. Estas innovaciones se ofrecen a la humanidad como disciplinas llenas de nuevos conocimientos y promesa de nuevas fuentes de crecimiento y bienestar. Lo mismo que sucedió en el pasado con el molino de viento, la imprenta de tipos móviles, las máquinas de hilar automáticas, la máquina de vapor, la electricidad, el motor de combustión interno y, más recientemente, el ordenador, estas nuevas tecnologías son de “propósito general”, es decir, tienen la capacidad de transformar las estructuras económicas, sociales y políticas de sociedades enteras. De ahí que podamos esperar un período prolongado de crecimiento, especialmente en las economías más dinámicas que apuesten por el cambio y el progreso.

Este escenario tecnológico -en la medida además que actúa en un contexto de globalización, de ausencia de grandes conflictos bélicos y de contención demográfica mundial- puede hacer verdad el aserto que John Maynard Keynes hizo en 1930, al afirmar que el nivel de vida de los países que apostasen por el progreso económico se triplicaría u octuplicaría en cien años, resolviendo de ese modo el “problema económico” básico de la humanidad. Estamos a un cuarto de siglo de 2030, la fecha pronosticada por Keynes, y la posibilidad de que se mantenga un crecimiento acumulativo como el que ha tenido la economía mundial en 2004 sin duda podrá confirmar esa promesa.

¿Podrá la economía estadounidense seguir viviendo por encima de sus posibilidades?

Este escenario optimista respecto del comportamiento del crecimiento de la economía mundial en el futuro inmediato no está libre, sin embargo, de incertidumbres y amenazas. Las más importantes a corto plazo vienen de la economía norteamericana. La cuestión más relevante que se plantea en los inicios de 2005 es saber si la tasa de crecimiento económico en EEUU será sostenible a pesar del déficit presupuestario y del

déficit comercial, y si no habrá llegado la hora en su intento de seguir viviendo por encima de sus posibilidades. El origen de este comportamiento de la economía norteamericana está en las incertidumbres y el miedo a las consecuencias económicas del 11-S. El temor de muchos economistas y de las autoridades norteamericanas después del atentado de Nueva York era que la economía estadounidense entrase en una época de deflación -algo así como la anorexia económica-, como consecuencia del miedo y la incertidumbre de los consumidores e inversores al futuro.

Para conjurar ese temor, George W. Bush dejó de lado el santo temor al déficit que predicaban los conservadores y se lanzó a conseguir la mejor recuperación que se puede comprar con dinero barato y déficit público. Con esos ingredientes, los norteamericanos se volvieron optimistas y se lanzaron a consumir por encima de sus posibilidades. Eso fue posible porque, a la vez, los asiáticos estuvieron dispuestos a prestarles sus ahorros para financiar su déficit. Pero ellos también salían ganando, porque los norteamericanos les compraban sus productos y así podían seguir creciendo. Y su crecimiento, como hemos visto, impulsó a su vez la economía del resto del mundo. Eso es la globalización.

Pero todo en la vida tiene sus límites, hasta para los ricos. La economía norteamericana ha acumulado dos desequilibrios gemelos difícilmente sostenibles por más tiempo: un déficit presupuestario cercano, para todo el sector público, al 6% del PIB, y un déficit comercial que ha rebasado ya esa mítica cifra. Algunos en Estados Unidos dicen que no hay que preocuparse, que eso ya ocurrió antes y no pasó nada. Pero el problema es que nunca antes de ahora EEUU había sido un deudor neto del mundo. De seguir así, la desconfianza de los inversores en activos denominados en dólares acabará calando en los prestamistas asiáticos, y cuando esto suceda, adiós imperio. Algo de eso puede haber comenzado ya a ocurrir. La pérdida vertiginosa del valor del dólar está provocando que muchos bancos centrales de los países emergentes, así como inversores particulares, empiecen a sustituir el dólar por el euro en sus carteras de reserva. De hecho, la participación del dólar en las reservas de moneda extranjera del mundo -que en los años setenta del siglo pasado era del 80%- ha caído hasta el 65% en la actualidad. Podemos, por tanto, estar asistiendo al comienzo del fin de la hegemonía financiera norteamericana en el mundo. Esta posibilidad es más que una probabilidad remota. Es verdad que ya en anteriores ocasiones en que el dólar perdió valor, como en los inicios de los noventa, se planteó esa posibilidad, y no ocurrió nada. Pero antes no había alternativa al billete verde. Sin embargo, ahora el euro existe y está comenzando a ser un rival serio para el dólar en la composición de las reservas de los bancos centrales. De hecho, países emergentes como Indonesia y Rusia han anunciado ya que han comenzado a sustituir parte de sus reservas en dólares por activos denominados en euros.

En cualquier caso, el déficit corriente estadounidense no debe ni puede ser corregido sólo a través de una caída del dólar. Para que eso ocurra dicha caída tendría que ser tan fuerte que constituiría un peligro, tanto para la economía norteamericana como para la mundial. La caída del dólar tiene que ir acompañada por un aumento del ahorro interno de la economía norteamericana. Con ello se reducirían las necesidades de endeudamiento exterior y se mitigaría la caída. El mejor camino para aumentar el ahorro interno norteamericano es reducir el elevado déficit público, mediante una combinación de aumento de impuestos y reducción de gastos. Sin embargo, las primeras medidas anunciadas por Bush para su segundo mandato introducen dudas razonables acerca de una corrección del déficit público. Si así fuera, el dólar caerá más fuertemente y el riesgo de pérdida de confianza en el dólar será una realidad, lo que a su vez forzaría a una elevación de los tipos de interés para atraer ahorro externo. En un escenario de ese tipo, es más que probable que la burbuja inmobiliaria norteamericana estalle y el gasto de los consumidores se reduzca bruscamente. Sin duda, eso reduciría el déficit externo, pero al coste de introducir una profunda recesión que acabaría contagiando a la economía mundial.

“El mundo es hoy más rico de lo que nunca ha sido, pero es más desigual, y la distancia que separa a los que están más arriba de los que están en los últimos escalones se va agrandando”

La solución a los problemas norteamericanos está fundamentalmente en las manos de las autoridades y ciudadanos de ese país; pero, en cualquier caso, la corrección de su déficit comercial y la posibilidad de que su economía se reequilibre sin tener que entrar en una fuerte recesión

depende también del comportamiento de la economía mundial, en particular de la economía de la zona euro. Un fuerte crecimiento de las economías europeas permitiría a Estados Unidos corregir sus desequilibrios sin peligro de entrar en una recesión para lograrlo. El aumento de las exportaciones norteamericanas tendría, de esta manera, ese efecto saludable. Pero para que esta coordinación de políticas nacionales se produzca, y se pueda mantener en 2005 y años posteriores el buen comportamiento que ha tenido la economía mundial en 2004, algo o alguien tiene que coordinar las decisiones de todos los actores nacionales.

La paradoja europea

A pesar del impulso reformador que la Cumbre de Lisboa de junio de 2000 buscó introducir para impulsar el crecimiento y hacer de la Unión Europea, en el horizonte de 2010, el área más dinámica y competitiva de la economía internacional, el hecho es que la econo-

mía europea sigue estancada, y la mayoría de las reformas identificadas como necesarias e incorporadas a la estrategia de actuación que siguieron a esa cumbre poco han avanzado en estos cuatro años.

¿Por qué no avanzan las reformas si la gran mayoría de economistas, empresarios, expertos, formadores de opinión, organizaciones y asesores internacionales y gobiernos europeos las consideran indispensables para que Europa pueda volver a la senda del crecimiento económico y de la mejora de la productividad? Una explicación frecuente a esta falta de impulso reformador apunta a la ausencia de un compromiso de los gobiernos nacionales que no se habrían implicado sería y activamente en el proceso de cambio por temor a las reacciones de su electorado. Pero siendo válida esta explicación, es insuficiente. La cuestión es, entonces, ¿por qué los gobiernos nacionales, que son los llamados a poner en marcha las reformas, no están dispuestos a comprometerse en su avance si de ellas cabe esperar, como señalan los economistas, resultados económicos positivos, en términos de mayor crecimiento y bienestar, que a medio plazo se pueden traducir en apoyo electoral? Una posible respuesta es que los gobiernos nacionales perciben que sus ciudadanos ven con creciente antipatía y resistencia todas aquellas reformas que tienden a flexibilizar los actuales mecanismos de protección social. En este contexto, la tarea relevante para los partidarios de las reformas es identificar las causas de esta resistencia social.

Mi impresión es que estamos ante una fatiga reformadora. En estos últimos años se ha extendido en Europa un escepticismo creciente acerca de las bondades que tienen las reformas sobre el crecimiento y, de forma particular, sobre el bienestar de los ciudadanos. Si esto es cierto, dicho escepticismo estaría generando cansancio social hacia las reformas y contribuyendo, más que ninguna otra variable, a socavar la capacidad de crecimiento de la economía europea. El diagnóstico más generalizado entre los reformistas acerca de los males europeos, ejemplificado en particular en los problemas que está pasando Alemania, viene a decir que la causa de esos males está en ciertos rasgos característicos del “modelo social europeo”: el elevado peso del Estado en la economía y el mayor coste relativo del factor trabajo. El peso del Estado estaría condicionado de forma inevitable por los elevados niveles de impuestos y de gasto público y, de forma particular, por los onerosos sistemas de protección social que existen en Europa comparados con los existentes en Estados Unidos o en Asia. A estos sistemas de protección existentes -de por sí onerosos- vendrían a sumarse en el futuro inmediato los efectos del rápido envejecimiento de la población europea. Por otro lado, en la base de los mayores costes comparados del factor trabajo en la UE estarían también las rigideces de sus mercados laborales. El resultado combinado de estos dos rasgos sería la pérdida de competitividad de las economías europeas y la “euroesclerosis”.

El problema es que al confrontar este diagnóstico con la realidad macroeconómica y empresarial europea de los diferentes países que forman la UE surgen inconsistencias que obligan a pensar que ese diagnóstico tiene insuficiencias explicativas. Por un lado, no está del todo claro que la economía empresarial europea sea hoy menos competitiva de lo que lo ha sido en décadas anteriores. Por otro lado, dentro del modelo europeo cuyo rasgo común es una elevada presencia del Estado en la economía, los resultados en términos de crecimiento económico son muy diferentes. Los países nórdicos aun cuando figuran en los primeros lugares del ranking en cuanto a participación del Estado en la economía tienen un dinamismo económico y tecnológico más que envidiable. Todo esto permite hablar de la existencia de una paradoja europea.

A esa paradoja ha tenido que recurrir Michel Camdessus en su informe, elaborado a instancias del en aquel momento ministro de Finanzas, Nicolas Sarkozy, sobre el modelo francés y las reformas que Francia necesita introducir para no perder su liderazgo. Señala Camdessus que Francia se encuentra en una situación paradójica. A nivel mundial es una economía rica y próspera, con un estándar de vida de los más elevados. Sus empresas son fuertes y competitivas y tienen una presencia creciente en los mercados mundiales. Su fuerza de trabajo tiene elevados grados de cualificación profesional. La calidad de sus infraestructuras y de sus servicios públicos es envidiada en el mundo entero. Entonces, ¿cuál es el problema? Su idea es que el mundo está cambiando y ciertos mecanismos tradicionales del crecimiento francés están perdiendo vigencia. Si no hay un cambio de dirección, el declive es una amenaza real. En resumen, Camdessus viene a decir: Francia está bien, pero va mal.

Pero el arquetipo del “enfermo europeo”, y al que en mayor medida se le aplica el diagnóstico anterior, es Alemania. Pero también en este caso ese diagnóstico presenta inconsistencias y, en cualquier caso, existen otras explicaciones alternativas al estancamiento económico de este país. Al margen de la indudable responsabilidad que en el comportamiento depresivo de la economía alemana de estos años han tenido la integración de la Alemania del Este y el Pacto de Estabilidad europeo, algunos estudios recientes encuentran que las causas del prolongado estancamiento alemán de esta última década pueden estar más en el artificial bajo coste del capital en este país que en la rigidez de su mercado de trabajo y de la prodigalidad de su sistema de protección social.

Por lo tanto, muchos ciudadanos europeos, especialmente franceses y alemanes, pueden entender que ni Europa está tan mal como con frecuencia dicen los partidarios de las reformas, ni los pobres resultados económicos comparados europeos pueden atribuirse a sólo a una falta de reformas estructurales que aumenten la flexibilidad del modelo social europeo. Para explicar estos peores resultados comparados, los poco proclives

a las reformas pueden recurrir a explicaciones alternativas como son las erróneas políticas fiscales y monetarias aplicadas en la zona euro por los gobiernos nacionales y el Banco Central Europeo (BCE), en contraposición con las políticas macroeconómicas seguidas por el Gobierno de Estados Unidos y la Reserva Federal de ese país. Hay muchas razones para pensar que el Pacto de Estabilidad y Crecimiento y la política monetaria del BCE han significado un corsé para el crecimiento europeo.

La necesidad de algo similar a un Gobierno mundial de la economía

Como se ha visto, a todos nos interesa que la economía norteamericana no se venga abajo. Eso significa, como acabamos de ver, que el dólar tiene que permanecer bajo durante un tiempo para favorecer la eliminación del actual déficit comercial. Pero si el dólar ha de bajar, alguien tiene que subir. El riesgo es que el único que pague los platos rotos sea el euro. Sería un drama, no sólo para los europeos. Hay que lograr que el yuan chino, el yen y el resto de monedas asiáticas acompañen al euro en la subida.

Por otro lado, acabamos de ver que es necesario también que las economías de la zona euro salgan de su marasmo y coordinen sus políticas macroeconómicas con las de las otras grandes economías. Alguien tendrá que hacer algo para conseguirlo; pero, ¿quién? El problema es que la economía se ha globalizado, pero el gobierno de la economía mundial no lo ha hecho de la misma forma. Las instituciones financieras internacionales (Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial y Organización Mundial del Comercio) no lo pueden hacer por sí solas. Se necesita el acuerdo de los gobiernos de las naciones que hoy mandan realmente en el mundo. Si esos países no coordinan sus políticas macroeconómicas, y cada uno va por su lado, 2005 puede ser un desastre.

Es necesario y urgente, por lo tanto, ejercitar una diplomacia macroeconómica como la que se llevó a cabo en 1984 en el llamado *Acuerdo del Plaza*, mediante el que EEUU, Japón, Francia y Alemania pactaron coordinar sus políticas fiscales, monetarias y de tipo de cambio para salir de una situación similar. Naturalmente, ahora hay que incluir a China. Su papel como potencia económica emergente hace que la situación a inicios del siglo XXI se asemeje a la de inicios del siglo XX, cuando EEUU comenzó a desplazar al Reino Unido de su hegemonía económica y financiera.

De hecho algo de eso está ocurriendo ya. Por vez primera China ha sido invitada a la reunión del G-7 que tuvo lugar a principios de febrero de 2005 en Londres. La reunión fue aprovechada para presionar a China para que revalúe su moneda, el yuan, y la desvincule de la evolución del dólar, como viene ocurriendo desde inicios de los noventa. Sin embargo, no está claro que

ésa sea la solución que vayan a adoptar las autoridades chinas, al menos a corto plazo. Lo más probable es que el Gobierno chino se tome un tiempo para acabar vinculando la evolución del yuan a un cesto de monedas en el que estén el dólar, el euro y el yen. Por lo tanto, es muy probable que en los próximos meses o años el gobierno de la economía mundial pase del G-7 al G-4: Estados Unidos, zona del euro, Japón y China. De la capacidad que muestre este bloque para coordinar sus políticas depende que el crecimiento económico d 2004 sea sostenible o no.

Notas

1. Los días 24 y 25 de septiembre de 2004, en el marco del Fórum de las Culturas Barcelona 2004, se reunió un grupo de economistas de países desarrollados y en desarrollo para debatir sobre el crecimiento y el desarrollo en el mundo. Las conclusiones de los trabajos se recogieron en *La agenda de Barcelona para el desarrollo*.

http://www.barcelona2004.org/esp/banco_del_conocimiento/docs/agenda_esp.pdf